

MEMORIAS DE MI VIDA



Blasón de Edward Gibbon.

MEMORIA A¹

*LAS MEMORIAS DE LA VIDA DE EDWARD GIBBON
CON VARIAS OBSERVACIONES Y EXCURSIONES POR ÉL MISMO*

MEMORIAS DE MI VIDA

CAPÍTULO I

*Introducción. Relación de mi familia. Mi abuelo. Mi padre.
Mi nacimiento en el año 1737. Mi infancia. Mi primera
educación y estudios*

A los cincuenta y dos años, tras haber completado una obra ardua y lograda, me propongo emplear algunos momentos de mi ocio en revisar las sencillas transacciones de una vida privada y literaria. La verdad, la

¹ Esta Memoria es la primera que Gibbon redactó, entre 1788 —el mismo año en el que se publicaron los tres últimos volúmenes de la *Historia de la declinación y caída del Imperio romano*— y principios de 1789. En la primera página del manuscrito, sin texto, figura el título *Las memorias de la vida de Edward Gibbon con varias observaciones y excursiones por él mismo*; en la segunda, antes del texto, el de *Memorias de mi vida*. Pongo entre corchetes, en esta y en las siguientes, los pasajes que lord Sheffield omitió en su composición. Sobre el texto recibido de lord Sheffield, véase David Womersley, *Gibbon and the «Watchmen of the Holy City»*. *The Historian and his Reputation 1776-1815*, Oxford University Press, 2002.

verdad desnuda y sin rebozo, primera virtud de la historia más seria, debe ser la única recomendación de esta narración personal: el estilo será sencillo y familiar, pero el estilo es la imagen del carácter y el hábito de escribir correctamente puede producir, sin esfuerzo ni propósito, la apariencia del arte y el estudio. Me mueve mi propia diversión, que será mi recompensa, y, aunque estas hojas se comuniquen a algunos amigos discretos e indulgentes, se mantendrán en secreto para la mirada pública hasta que el autor esté fuera del alcance de la crítica o el ridículo². [Las razones y ejemplos que puedan proporcionar una disculpa se reservan para el último capítulo de estas memorias, cuando el orden del tiempo me lleve a dar cuenta de este vano empeño.

Un filósofo puede razonablemente tener en menos el orgullo ancestral y, si el filósofo mismo es un plebeyo, su propio orgullo se verá gratificado por la indulgencia de ese desprecio. Es una verdad obvia que las cualidades y la virtud no pueden transmitirse con la herencia de propiedades y títulos y que incluso la exigencia de nuestra herencia legal se apoya sobre una base tal vez no demasiado firme: la castidad inmaculada de *todas* nuestras progenitoras femeninas. Sin embar-

² Lord Sheffield empezó con este pasaje su composición de los esbozos autografiados, observando que se encontraba solo en uno de los manuscritos, «que parecía haber sido el primero en escribirse. En sus comunicaciones conmigo sobre el asunto de sus *Memorias* —añadía lord Sheffield—, un asunto que no había mencionado a nadie más, el señor Gibbon expresó la determinación de publicarlas en vida y nada parece haberlo apartado de esa resolución, salvo en una de sus cartas, en la que insinúa una duda, aunque de manera desenfadada, respecto a si debían exponerse a la mirada pública en vida o en cualquier otro momento. Sin embargo, en una conversación, no mucho antes de su muerte, le sugerí que, aunque debía dar una imagen completa de sí mismo, no debía apresurarse a publicarlas y debían ser póstumas. Respondió, más bien con impaciencia, que estaba determinado a publicarlas *en vida*». Esa determinación es más clara, sin embargo, en la Memoria E que en las otras cinco.

go, en cualquier época y país el sentido común o el prejuicio común de la humanidad han convenido en respetar al hijo³ de un padre respetable, suponiendo que cada generación sucesiva añade un nuevo eslabón a la cadena del esplendor hereditario.] Dondequiera que a la distinción de nacimiento se le permita formar un orden superior en el Estado, la educación y el ejemplo habrían de producir siempre, y lo harán con frecuencia, una dignidad de sentimiento y una propiedad de conducta que su estima y la del público guardarán del deshonor. Si leemos que un linaje es tan ilustre, tan antiguo que carece de principio, tan digno que no tiene fin, simpatizamos con sus diversas fortunas y no culpamos el generoso entusiasmo ni la inofensiva vanidad de quienes se asocian a los honores de su nombre. En el estudio de los acontecimientos pasados la referencia inmediata o indirecta a nosotros mismos estimula nuestra curiosidad[; en sus propios límites una historia local resulta siempre popular y la conexión de una familia es más clara e íntima que las de un reino, provincia o ciudad. Por mi parte, si pudiera trazar mi pedigrí por un general, un estadista o un autor célebre, estudiaría sus vidas o sus escritos con la diligencia del amor filial y sospecho que esa relación casual suscitaría en mi pecho emociones de placer, ¿diré de vanidad? Sin embargo, añadiré que obtendría más deleite de su mérito personal que de la memoria de sus títulos o posesiones, que me afectaría más la fama literaria que la marcial y que preferiría descender de Cicerón antes que de Mario, de Chaucer antes que de los primeros miembros de la Orden de la Jarretera. La familia de Confucio es, en mi opinión, la más noble de la Tierra. Setenta generaciones *auténticas* han pasado desde aquel filósofo hasta el jefe actual de su posteridad, que cuenta ciento treinta y cinco grados desde el emperador Huang-Ti, padre, se cree, de un ilustre linaje que ha florecido en China durante cuatro mil

³ En el manuscrito, tachado, «la posteridad».

cuatrocientos treinta y cinco años. He expuesto mis sentimientos privados, como hago siempre, sin escrúpulo ni reserva. Que cada lector, sea noble o plebeyo, examine su conciencia al respecto].

Estoy más que inclinado a creer que estos sentimientos son justos o, al menos, naturales, pues no me considero interesado en la causa, ya que no puedo obtener de mis ancestros ni gloria ni vergüenza. [Me he conformado modestamente desde hace tiempo con el conocimiento de mis dos predecesores inmediatos, un caballero rural y un rico comerciante. Más allá de ellos no encuentro tradición ni memoriales y, como nuestra genealogía no fue nunca un tema de conversación familiar, parece probable que mi abuelo, director de la Compañía del Mar del Sur, fuera un hijo de la Tierra que, por su industria —tal vez su industria honrada—, se elevó del taller o la granja. No hace dos años que adquirí en el extranjero inteligencia doméstica de mi familia, una inteligencia que llegó hasta Suiza desde el corazón de Alemania. Había entablado relación con el señor Langer, un erudito vivaz e ingenioso, que residía en Lausana como preceptor del príncipe heredero de Brunswick. Al volver a su más acorde posición de bibliotecario de la biblioteca ducal de Wolfenbüttel, encontró accidentalmente entre algunos legajos literarios un pequeño y viejo volumen inglés de heráldica, inscrito con el nombre de John Gibbon. Solo por el título, el señor Langer juzgó que podría ser un presente aceptable para su amigo y juzgó correctamente, pues pronto me convencí de que el autor no solo era tocayo mío, sino pariente. A su libro debo la mejor y más curiosa información, pero en mi última visita a Inglaterra tuve la tentación de permitirme una curiosidad que ese extraño descubrimiento había suscitado. Pedí que se consultaran algunas últimas voluntades, registros parroquiales e inscripciones monumentales y en mis investigaciones me ayudó el señor Brooke, heraldo de Somerset, cuyo conocimiento mere-

ce mi aplauso y cuya amistosa industria es acreedora a mi gratitud⁴.

El primer registro auténtico de mi familia debe concederse a las palabras descalificadoras de John Gibbon, Persevante de Manto Azul, que pronto resultará conocido del lector⁵. Tras renunciar a las vanidades de este mundo y cerrar con un *et caetera* la mención de algunos títulos y alianzas, *Ne videar vanitati Genealogicae nimisnimum indulgere*⁶.

Et genus et proavos et quae non fecimus ipsi
Vix ea nostra voco⁷,

añade con modesta astucia: «Nedum mentionem sum factururus *Gibbonos* terras tenuisse et possessisse in *Rolvenden*, Anno 1326, vicesimo Edwardi secundi, *Gibbonorum* familiae meminit, Villare Anglicanum, págs. 72, 73, 120, 206, 296, ter 391, et iner errata prioris tabulae ad p. 299 res-

⁴ En algún momento entre 1786 y 1787, Ernst Langer, bibliotecario del duque de Brunswick, envió a Gibbon la *Introductio ad Latinam Blasoniam* de John Gibbon. El historiador consultó al Colegio de Armas de Londres, pero no llegó a conocer su dictamen, que establecía que no pertenecían a la misma rama familiar. La *Gentleman's Magazine* publicó un artículo en 1792, firmado con las iniciales N. S., que demostraba la falta de conexión y que Gibbon, al recibirlo en Lausana, leyó con interés, tratando de mantener en vano correspondencia con el autor. A su vuelta a Inglaterra en la primavera de 1793, descubrió la identidad del autor, sir Egerton Brydges, y quedó convencido de lo infundado de sus consideraciones genealógicas, aunque no llegó a modificar lo que había escrito en los distintos esbozos autobiográficos.

⁵ Los Persevantes de Manto Azul formaban parte del Colegio de Armas de Londres y reclamaban, al parecer sin fundamento, su instauración por Enrique V como servidores de la Orden de la Jarretera. Su antigüedad se remonta al siglo xv.

⁶ «Que no parezca que soy indulgente con la vanidad genealógica».

⁷ Ovidio, *Metamorfosis* 13.140: «No llamamos nuestro al nacimiento, a la ascendencia ni a lo que no hemos hecho».

picientia»⁸. Menciona luego sus posesiones en la parroquia vecina de Benenden y me he esforzado por formarme alguna idea del antiguo estado del país en el que parecen haberse instalado a principios del siglo xiv. Los cientos⁹ adyacentes de Rolvenden y Tenterden forman uno de los distritos más meridionales de Kent, con Sussex al oeste, la isla de Oxney al sur y el Marjal de Romney al este. Una parte de la costa marítima se ha ganado gradualmente al retirarse el mar, pues Cambden supone que la aldea de Newenden, ahora a una distancia de varias millas, es la Anderida romana¹⁰, una ciudad y puerto escogidos como estación naval contra las incursiones de los piratas sajones¹¹. Tierra adentro, la zona que aún se llama Weald¹² era una parte de la gran selva de Anderida, que cubría los condados adyacentes de Kent, Sussex, Surrey y Hampshire y que ofreció cobijo largamente a los fugitivos britanos. Gracias a la sabia política de Eduardo III, una manufactura textil, decaída hace mucho tiempo, se estableció en las ciudades de Cranbroke, Tenterden y Benenden y una colonia flamenca instruyó a los rudos nativos por el tiempo de la primera aparición de mis ancestros.

Desde aquel periodo hasta el día presente los Gibbon han florecido o, al menos, subsistido cerca de quinientos años en el mismo distrito de Kent. Su rango en sociedad se

⁸ «Mucho menos mencionaré que los Gibbon habían habitado y poseído tierras en *Rolvenden* en el año 1326, el vicésimo [año del reinado] de Eduardo II; el *Villare Anglicanum* menciona la familia de los *Gibbon*, págs. 72, 73, 120, 206, 296, tres veces en 391 y entre la errónea referencia de la primera tabla en la pág. 299».

⁹ «Ciento» traduce *Hundred*, el nombre de un tributo antiguo y, por extensión, del territorio que lo pagaba.

¹⁰ En el manuscrito, tachado, «antigua».

¹¹ William Cambden (o Camden), anticuario inglés de cuya *Britannia*, publicada en 1586, Gibbon poseía una edición de 1607 que mencionará en la Memoria F.

¹² «Bosque», en inglés antiguo.

define por la apelación de hacendado¹³ en una época en la que el título se concedía con menos promiscuidad. La propiedad de la rama principal, los Gibbon de Rolvenden, asciende ahora a unas quinientas libras al año, sin más incremento, al parecer, ni disminución de su antiguo patrimonio. No parece que se hayan distinguido por las virtudes ni los vicios de un espíritu activo. Se sucedieron unos a otros de padre a hijo en la oscuridad rural y, si me preguntaran por sus vidas, solo podría responder:

¡Id, buscadlo allí, donde nacer y morir
de ricos y pobres es toda la historia!¹⁴

Solo uno de ese nombre dejó tras de sí un monumento más conspicuo que la lápida de un cementerio parroquial. En un otorgamiento del decimotercer año del reinado de Eduardo III (A. D. 1340), a John Gibbon se le llama *Marmarius (Marmorarius) Regis*, marmolista jefe del rey, mampostero o proveedor de sus trabajos en piedra, un oficio no despreciable, dice el perseverante, celoso del honor de su apellido. «Pues Weaver (pág. 582) dice de sus monumentos funerarios que un marmolista fue *Armiger Illustrissimi principis Richardi secundi Regis Angliae*». Podemos dar por supuesto (dice) que John Gibbon fue el principal arquitecto en la construcción del castillo de Queensborough. En un tiempo en el que la costa inglesa estaba infestada de franceses y flamencos, esa firme y majestuosa fortaleza se erigió en el lado oeste de la isla de Sheppey para guardar la entrada del río

¹³ *Esquire*, abreviado *Esq.* o *Esq^{re}* (del latín vulgar *scutarius*, «escudero», a través del francés), denotaba en Inglaterra a un propietario rural en una escala menor que la pequeña nobleza rural o *Gentry* a la que luego alude Gibbon, que usaría ese título en la cubierta de las ediciones de la *Declinación y caída* y en sus cartas. Aunque a veces se deja sin traducir en español (como lord o lady), he preferido traducirlo por «hacendado» en lugar de por «escudero».

¹⁴ Alexander Pope, *Moral Essays* 3.287 (To Lord Bathurst). Gibbon dio la referencia, omitida en esta memoria, en la Memoria F.

Medway. Se llamó así por la heroica reina Philippa de Heinaut y el fundador real lo alabó como un castillo en situación favorable, terror de sus enemigos y consuelo de sus súbditos. La recompensa que concedió al arquitecto no delata en él a un vulgar mecánico. Mediante un otorgamiento, que aún existe, Eduardo III invistió a John Gibbon con los beneficios del paso entre Sandwich y Stonar, en la isla de Thanet. No sé cuánto tiempo el arquitecto o su familia disfrutaron de ese favor, que el lapso del tiempo hace mucho que ha abolido.

En la institución primitiva el blasón era el símbolo de la armadura real, una representación del escudo y el yelmo del guerrero. Su lema era el grito de batalla, a cuyo bien conocido sonido los seguidores acostumbraban a cargar y acometer bajo la bandera de su jefe. En estos días de libertad todos asumen la absurda enseña de la vanidad y nadie la disputa; cualquiera con dinero para comprar un carruaje puede ostentar en los paneles, si le place, sus imaginadas armas. Pero hubo un periodo intermedio en el que la nobleza rural de Inglaterra se distinguía por el uso de blasones, cuando el Colegio de Heraldos definía la ciencia de los cuarteles y colores y un plebeyo usurpador habría sido rechazado y castigado por el tribunal del conde mariscal. No desafió los honores de la antigua caballería, pero ya en el reinado de Isabel los Gibbon de Kent tenían derecho a las mismas armas que ahora reclamo por descendencia, aunque tal vez no las describa con la precisión del lenguaje técnico. «Un león rampante, en guardia, entre tres conchas de plata sobre campo azur». El Persevante de Manto Azul lo tradujo así en sus versos latinos que añade a una descripción de sus armas:

*Symbola vera super data sunt auctoris honesti;
Erectus Leo stans inter conchylia terna
(Ora sua obvertens) onus album, caerula parma est¹⁵.*

¹⁵ «Los verdaderos símbolos dados arriba son de un autor honesto; / el león erguido se alza entre tres conchas / (sacando su lengua) con carga de plata, el escudo es azul celeste».

Recuerda un caprichoso ejemplo de la venganza de su padrino, Edmond Gibbon, quien, con licencia de sir William Segar, rey de armas, cambió las tres conchas por tres ogresas. «Asumió ese nuevo blasón disgustado con tres damas, parientes suyas, hijas de Gervase Gibbon, miembro de la pompa. Frances se casó con sir Robert Points, caballero de la Orden de Bath; Elianor se casó con sir John Crook y Grizeld se casó con sir John Lawrence, caballero y baronet, que yace enterrado en Chelsy, Middlesex, en una capilla que le pertenece (y que ella misma reconstruyó), con un hermoso mural monumental que lo recuerda. El litigio lo causó la última voluntad de Edmund Gibbon, fundador de la escuela libre de Benenden, parroquia cercana a la mencionada de Rolvenden». Las tres damas son descritas groseramente con forma de caníbales gigantescas y su adversario se reservó el león como emblema de su guerra y defensa contra los tres monstruos femeninos. Pero el propio Edmond Gibbon o su heredero renunciaron a ese espíritu vengativo tan poco cristiano: yace enterrado en la Iglesia del Temple de Londres (en la nave occidental), con un hermoso monumento, contra un pilar, y las inofensivas conchas han sido restauradas en su lugar en el primer cuartel de su blasón¹⁶.

Mi ancestro lineal en quinto grado, Robert Gibbon de Rolvenden, hacendado, fue capitán de la milicia de Kent y, como murió en el año 1618, podría presumirse que apareció en armas en la época de la invasión española. Su mujer era Margaret Phillips, hija de Edward Phillips de la Weld en Tenterden y de su mujer Rose, hija de George Whetnal de East-Peckham, hacendado. Por su último matrimonio John Gibbon, el heraldo —su modestia se lo permitía—, podía conectar su familia con muchos nombres respetables

¹⁶ La «ogresa» representa en heráldica la bola de cañón. Los comentaristas se muestran unánimes en la improbabilidad de que Gibbon desconociera el significado cuando reiteró la anécdota de las tres damas.

de la nobleza rural de Inglaterra: «Omitto Berclêos de Beauston, Hextallos, Ellenbriggos, Cleverlêos, et Whetnallos Cestrenses, Equestri dignitate olim nobiles»¹⁷. Las *Mémoires* del conde de Grammont mencionan —no del todo en su honor— Peckham, residencia de los Whetnall de Kent; es una obra clásica, delicia de cualquier hombre o mujer de gusto a quien le resulte familiar la lengua francesa. Fue en Peckham, la triste Peckham, donde la hermosa e inánime Whitnell (*poupée jusqu'à la mort resta la blanche Whitnell*) pasó tantas horas lúgubres con un marido *qui aimoit mieux feuilleter de vieux livres que de jeunes apps*¹⁸. Fue allí donde recibió la visita de mademoiselle Hamilton, su prima; donde suspiró en ausencia de George Hamilton; donde sintió la conveniencia de recompensar a un amante fiel. Si su matrimonio hubiera precedido a nuestra alianza, no me jactaría con tanta confianza de descender de los Whetnal de Peckham.

Sin embargo, reclamo por esa unión al más ilustre de mis ancestros, James, lord Say y Sele, que, en el reino de Enrique VI, fue gobernador de Dover, guardián de las Cinco Puertas, alcaide de la Torre, lord chambelán y lord del Tesoro de Inglaterra. Tras el matrimonio de la reina Margarita los comunes lo acusaron de entregar Maine y Anjou a los franceses y, para apaciguar el descontento popular, ese ministro favorito y tal vez inocente fue depuesto de su cargo y confinado en la Torre. Pero ni su dignidad ni su desgracia pudieron salvarlo de la ciega rabia de los insurgentes

¹⁷ «Omito a los Berclay de Beauston, Hextall, Ellenbrigg, Cleverl y Whetnall de Cheshire, caballeros que por mérito eran nobles hacía tiempo».

¹⁸ «La blanca Whitnell siguió siendo una muñeca hasta la muerte [...] con un marido que prefería ojear viejos libros a las jovencitas» (Antoine [Anthony] Hamilton, *Mémoires du Comte de Grammont*, ed. de Horace Walpole, Londres, J. Dodsley, 1783, págs. 234, 235). Gibbon mantiene la forma francesa *comte*, como hará con otras formas de respeto. Luis XIV concedió el título de conde al irlandés Anthony Hamilton (c. 1646-1720) por sus servicios a la corona.

de Kent y su líder, Jack Cade. Sacaron a lord Say del asilo de su prisión y, tras una farsa de juicio en Guildhall, más ilegal que cualquier hecho del que se le acusara, le cortaron la cabeza, que fue llevada en triunfo por la calle. No creo que pueda mantenerse estrictamente el cargo del que se le acusaba, como expone Jack Cade en palabras de Shakespeare, pero es de tal naturaleza que haría que un hombre de letras se sintiera orgulloso de descender de un mártir de la educación. «Has corrompido traicioneramente (dice el rudo payaso) a la juventud del reino al erigir una escuela de gramática y, mientras que antes nuestros padres no tenían más libros que el de cuentas, has hecho que se use la imprenta y, en contra del rey, su corona y su dignidad, has construido un molino de papel. Probaremos en tu cara que a tu alrededor los hombres hablaban de sustantivos y verbos y palabras tan abominables que ningún oído cristiano los soporta»¹⁹. El nombre del lord del Tesoro, decapitado en el año 1450, era Fiennes y su familia, aún inscrita entre las británicas, llevaba asentada en Inglaterra desde los tiempos del rey Esteban. De la coheredera de una familia aún más antigua y honorable que la suya heredó la baronía de Say, que el Parlamento en pleno le devolvió. Elizabeth, su hija, se casó con William Cromer, dos veces alguacil de Kent e hijo de un lord alcalde de Londres. Su hijo, sir James Cromer, fue padre de Anne, esposa de William Whetnal de Peckham; George, su hijo, fue padre de la mencionada Rose, madre de Margaret Phillips, esposa de Robert Gibbon de Rolvenden. Así, mediante cuatro alianzas femeninas, derivó mi linaje en undécimo grado del lord del Tesoro.

Pero ¡ay!, esos honores han sido obliterados y mi escudo está irremediablemente manchado si adoptamos los elevados prejuicios de la nobleza francesa y alemana. No puedo negar que la rama más joven de los Gibbon de Kent emigró, en el

¹⁹ William Shakespeare, *2 Enrique VI* 4.7.

reinado de Jaime I, del campo a la ciudad y que perseveró durante tres generaciones en la profesión del comercio. Robert, el hijo menor del mencionado Robert Gibbon de Rolvenden, hacendado, se convirtió en ciudadano de Londres y miembro del gremio de tejedores. Su hijo Matthew fue vendedor de telas en la calle Leadenhall, en la parroquia de St. Andrew Undershaft, y el hijo de Mathew, Edward Gibbon, mi abuelo, fue empleado en varias ramas de comercio extranjero y doméstico antes de ser elegido director de la Compañía del Mar del Sur. Puedo relatar estos hechos sin rubor: el buen sentido de los ingleses comprende un sistema apropiado para la prosperidad nacional; el carácter de un comerciante no se considera incompatible con el de un caballero y los primeros nombres entre los pares se inscriben en los libros de nuestras corporaciones comerciales. El derecho común asegura la herencia de propiedad de tierras al hijo mayor y, aunque Kent, con el nombre de gabela rural²⁰, conserva una partición más equitativa, esa costumbre provincial ha sido derogada por la práctica de los asentamientos y las restricciones de herencia. El orgullo e indolencia de los hermanos menores podría encajar con frecuencia en la vida de un William Wimble, que *El espectador* ha descrito de manera incomparable, pero un orgullo más racional debe prevalecer sobre su indolencia y urgirlos a buscar en el mundo las comodidades de la independencia²¹. Desde el auspicioso reinado de Isabel, el comercio de Inglaterra ha abierto mil canales de industria y riqueza y los recursos más espléndidos que ahora separan a los hijos menores de un caballero de la profesión mercantil eran mucho menos frecuentes y beneficio-

²⁰ *Gavelkind*, gabela propia de Kent y otros lugares del sur de Inglaterra, que procuraba un reparto más equitativo de la propiedad rural.

²¹ Richard Steele satirizó en *The Spectator* (una de las primeras publicaciones periódicas, codirigida con Joseph Addison) el personaje de William Wimble, segundón típico, hombre hábil en muchos aspectos que, sin embargo, no tiene una ocupación al carecer de posición social.

sos. Tras la Reforma, la Iglesia asumió una forma más grave y menos atractiva y, aunque muchos podrían contentarse con dormir en posesión de una vida patrimonial, el banco de los obispos estaba lleno de eruditos indolentes antes de que la nobleza rural o, al menos, la aristocracia, se diera cuenta por completo del valor de una vocación que concede riquezas y honores sin requerir genio ni aplicación. En cualquier época la juventud de Inglaterra se ha distinguido por un espíritu marcial y los súbditos de Isabel y sus sucesores buscaron cualquier ocasión de peligro y gloria por mar y tierra. Pero esas ocasiones eran raras y voluntarias; no podían permitirse una provisión tan amplia y permanente como la que ahora proporcionan cien regimientos y cien navíos de línea. Nuestro establecimiento civil ha crecido gradualmente hasta alcanzar su magnitud actual; la India no había abierto su seno al mérito o fortuna de cualquier aventurero necesitado. La alternativa común era el estrado y el mostrador, pero el éxito de un abogado, a menos que esté dotado de un talento superior, es difícil y dudoso; las diversas ocupaciones del comercio se adaptan a la capacidad más escasa y una modesta competencia es la recompensa segura de la frugalidad y el trabajo, pues esas humildes virtudes han sido con frecuencia suficientes para la adquisición de riquezas.

Robert Gibbon el joven murió en Londres en el año 1643 y su alianza prueba que no se había degradado por la profesión de ciudadano y ropero. Se casó con la hermana de Thomas Edgar, hacendado, juez de paz y registrador de Ipswich, y a su hijo, el Persevante de Manto Azul, le complace comparar su blasón materno con el paterno:

Maternus clypeus comitatur jure paternum
Cujus subsequitur Latiâ descriptio prosâ²².

²² «El blasón materno acompaña merecidamente al paterno / al que sigue una descripción en prosa latina».

Pero esa vena poética estaba exhausta y se contenta con describir en prosa latina e inglesa las armas modernas de los Edgar, que patentaron en el reinado de Enrique VIII, y pintar después los cuadrantes de su antiguo y primitivo blasón. Pero basta de estas solemnes trivialidades; prefiero observar que los Edgar, que se diversificaron en tres ramas, florecieron durante más de cuatrocientos años en el condado de Suffolk. La persona más eminente de la raza parece haber sido sir Gregory Edgar, un rico sargento de derecho que murió en el año 1506. «Tomó como esposa a Anne, una de las hijas de Simon Wiseman, hombre valiente y noble. Esa mujer estaba agraciada con modestia, modales, inocencia, afabilidad y parentesco, era asequible a todos y tan liberal con los pobres que resultaba increíble». Mujeres así con raras en todos los tiempos y es un placer descender de una de ellas.

Desconozco por completo la vida y carácter de Matthew Gibbon, hijo de Robert, y he de contentarme con repetir que era vendedor de telas en la calle Leadenhall. A su muerte, Hester, su viuda, se volvió a casar con Richard Acton, tercer hijo de sir Walter Acton, baronet, que ejercía el mismo oficio en la misma calle, y a su debido tiempo el matrimonio del hijo de Hester y la hija de Richard en sus anteriores matrimonios confirmó su unión. Esa dama, que sobrevivió a sus dos maridos y vivió hasta avanzada edad, fue un espíritu activo y notable. Mientras su hijo, mi abuelo Edward Gibbon, estaba en Flandes, donde tenía un contrato para aprovisionar al ejército del rey Guillermo, su madre administró los asuntos mercantiles en casa; he visto algunas de sus cartas, en caracteres que ya no eran legibles y sobre asuntos que ya no eran interesantes. Además de mi abuelo, tuvo otro hijo, Thomas Gibbon, que llegó a ser deán en Carlisle. Conocí en mi infancia a *su* hijo, William Gibbon, un párroco jacobita borrachín, que obtuvo por intereses partidistas la rectoría de Bridewell.

Otro hijo, no sé si mayor o menor, de Robert²³ Gibbon fue John, el heraldo, sin cuya ayuda sería un extraño en mi propia familia. En su libro esparció muchos indicios de su vida y por ello registra, en versos latinos, el importante acontecimiento de su nacimiento, el 3 de noviembre del año 1629:

Tertia lux *Noni*, mihi vitam contulit imbris,
Anno millesimo Christi sexcentesimoque,
Vigesimo nono (prae nonâ vesperis horâ),
Martyris et Caroli quarto sub *Sole Beati*²⁴.

Tras acabar sus estudios en la escuela de gramática, un paso necesario, John Gibbon se convirtió en miembro del Colegio de Jesús de Cambridge e insertó piadosamente en su obra el blasón de su escudo y cimera, que recibió del rector, el doctor Sherman. Con la misma gratitud celebra el discreto contento con el que fue bendecido en Allesborough, Worcestershire, en casa de su buen lord Thomas, lord Coventry, y, por la comparación de su felicidad con la del señor Hobbes en la familia de Devonshire, supongo que mi pariente ejerció el oficio de tutor doméstico²⁵. De ese pacífico retiro salió al mundo y, aunque no relatara, o más probablemente no pudiera hacerlo, sus batallas y asedios, encuentra o aprovecha la oportunidad de zanjar una

²³ En el manuscrito figura «Matthew» por error.

²⁴ «En la tercera luz del *Noveno* [mes] la lluvia me dio la vida, / en el año mil seiscientos veintinueve de Cristo, / antes de la novena hora de la tarde / y el cuarto año bajo el *sol* del *santo mártir Carlos* [Carlos I].»

²⁵ El filósofo Thomas Hobbes (1588-1679) fue tutor de la familia del conde de Devonshire. «Qui per multos annos servivit duobus comitibus Devoniae», escribió en su epitafio. Se trata, probablemente, de la única mención de Hobbes en la obra de Gibbon, que poseía una edición de sus obras completas. Sobre la relación del filósofo de Malmesbury con el historiador, véase J. G. A. Pocock, *Barbarism and Religion*, vol. V: *Religion: The First Triumph*, Cambridge University Press, 2010, págs. 15 ss.

cuestión de disciplina militar. «Recuerdo —dice—, de cuando era soldado, haber oído a uno de los *Veterani* referirse a la moda de los cinturones, afirmando que la correa cruzada es peligrosa para un jinete, pues un adversario robusto, al sacarle ventaja, podría desmontarlo con facilidad, mientras que el cinto previene esa inconveniencia». Tuvo que ser relevado pronto del servicio, pues pudo permitirse satisfacer su curiosidad de visitar países extranjeros; menciona Francia y los Países Bajos con el placer y el conocimiento de un viajero y expresa su gratitud con la isla de Jersey, *ubi me quondam jucunde vixisse jam nunc juvat meminisse*²⁶. «Durante gran parte de 1659, hasta febrero del año siguiente, viví —dice John Gibbon— en Virginia, albergado hospitalariamente por el honorable coronel Richard Lee, un tiempo secretario de Estado allí que, tras el martirio del rey, fletó un navío holandés, lo pertrechó, fue a Bruselas, anuló la vieja comisión de sir William Barcklaie para el gobierno de la provincia, recibió una nueva de su majestad actual: una acción leal y merecedora de mi recomendación». En aquella colonia naciente vio una vez una danza de guerra de los nativos. Los danzantes ejecutaron sus evoluciones marciales, retirándose y avanzando hacia los espectadores con rostros feroces y blandiendo sus *tomahawks*. Pero lo que más arrebató su mirada y su imaginación fue la pintura de sus escudos y cuerpos, en la que reconoció el blasón regular de colores y símbolos. «Algunos danzantes iban pintados desde la frente a los pies *en parte per pale, gules y sable*; otros *en parte per fesse con los mismos colores*, lo que me sorprendió sobremanera y llegué a la conclusión de que la heráldica estaba grabada naturalmente en el sentir de la raza humana. Si es así, merece mayor estima de la que se le concede en la actualidad»²⁷. Una idea semejante, aplica-

²⁶ «Donde ahora me es grato recordar que viví feliz un tiempo».

²⁷ *Per pale* (por palo) y *per fesse* (por faja) aluden respectivamente a la división vertical y horizontal del escudo en la heráldica.

da a la institución más vana del arte moderno, otorga un grado de entusiasmo a un estudio favorito, al mismo tiempo ridículo y respetable.

No conozco felicidad más pura que la de un hombre que pueda gratificar su gusto en el ejercicio de su profesión y esa fue la buena fortuna de mi pariente al volver a Inglaterra, su matrimonio y su instalación (en febrero de 1665) en una casa en el claustro del hospital de St. Catherine, cerca de la Torre, que entregaría a su sobrino, mi abuelo. En el año 1671 fue admitido en el Colegio de Heraldos al estilo y con el título de Persevante de Manto Azul; con una mezcla de gratitud y orgullo confiesa sus deudas con un juez además de patrón, el docto sir William Dugdale, rey de armas de la Jarretera y el primer anticuario inglés de la época. Celebra la amistad del curioso señor Ashmole y de los respetables médicos, doctores John Betts y Nehemiah Grew, y agradece el estímulo cortés que él mismo y su libro recibieron de sir Stephen Fox, uno de los lores del Tesoro. Este leal sirviente de Carlos II, en su exilio y tras su restauración, es comparable al fiel Acates y John Gibbon aplica una profecía de Salomón («As-tu vû un homme habile en son travail? Il sera au service des Rois», en la versión francesa de los *Proverbios*)²⁸ que se ha verificado de una manera más ilustre en el hijo y el nieto de sir Stephen Fox²⁹. La felicidad del Manto Azul habría sido completa si ya en su tiempo el arte y la moda de la heráldica no hubieran decaído. La ceremonia de los funerales, acompañada de oficiales y armas, empezaba a desusarse: en once años no le tocó en suerte más de cinco ocasiones. Pero conmemora con agrado las dignas y nobles familias que tan generosamente la practicaron. Empleó su ocio en mitigar una dificultad que

²⁸ *Proverbios* 22.29: «¿Has visto a alguien solícito en sus cuidados? Estará ante los reyes». Acates es un fiel compañero de Eneas.

²⁹ Gibbon alude a sir Henry Fox (1705-1744) y a Charles James Fox (1749-1806), estadistas whigs.

el propio Camden había advertido —la definición en latín de los términos y símbolos de la heráldica— y, si su lenguaje técnico hubiera sido objeto de un uso mayor y más importante, habría merecido tanta alabanza como el idioma botánico de Linneo. En la *Introductio ad Latinam Blasoniam*, publicada en Londres en 1682, el autor muestra ingenio y celo, perfecto conocimiento de la genealogía inglesa y familiaridad con las lenguas española y francesa. Muchas frases latinas y versos de su propia composición adornan un texto inglés; sus citas de los poetas son adecuadas y frecuentes, pero en la práctica reclama una exención de las leyes de la prosodia. No estoy cualificado para decidir el mérito intrínseco de su obra y dudo mucho que los heraldos más estrictos aprobaran su herejía de inscribir metal sobre metal y color sobre color. Me doy cuenta de que, en esta cuestión, no quedarían satisfechos con las autoridades de Ovidio y la Escritura; ni con el escudo de Nileo en las *Metamorfosis* (V):

Clypeo quoque flumina septem
Argento partim, partim coelaverat auro³⁰,

ni con las manzanas de plata en fondo dorado de los *Proverbios* (XXVII); sin embargo, como Salomón fue el más sabio de los reyes, no habría podido ser, dice el autor, ignorante en heráldica. De ese pequeño volumen, un duodécimo de ciento sesenta y cinco páginas, John Gibbon parece haber esperado una elevada y duradera reputación. En la portada proclama orgullosamente: «No existe una obra de esta naturaleza en nuestra lengua inglesa ni, *absit gloriari*³¹, con este método y circunstancias en ninguna lengua extranjera». En la conclusión a sus trabajos canta en una vena de satisfacción propia:

³⁰ Ovidio, *Metamorfosis* 5.187-8: «En su escudo había cincelado siete ríos, parte en plata, parte en oro».

³¹ «Sin jactancia».

Usque huc corrigitur *Romana Blasonia* per me,
 Verborumque dehinc Barbara forma cadat.
 Hic liber in mertium si forsitan incidet usum
 Testis rite meae sedulitatis erit
 Quicquid agat Zoilus ventura fatebitur aetas.
Artis quod fueram non *Clypearis* inops³².

Pero la posteridad olvidó su nombre y si, por un extraño accidente, yo no hubiera descubierto su libro, la memoria de John Gibbon habría quedado obliterada en su propia familia.

En los últimos años de Carlos II era difícil para un inglés, entre los whigs y los tories, permanecer neutral; la ciencia de los honores hereditarios es favorable a la monarquía y el heraldo fue vigorosamente asignado a los Hermanos Reales de la casa de los Estuardo³³. «Tutus sit —exclama con devoción— Augustissimus Rex Carolus Sancti Felicis festo prospere natus! Celsissimus Illustrissimus Dux Jacobus, quem stellam borealem ante multos annos [praedicare vates], et universa stirps Regia a turbâ fanaticâ Antimonarchicâ!»³⁴. Conmemora algunos panfletos, como la

³² «Hasta aquí queda, corregida por mí, *Heráldica romana*, / y a partir de ahora que se traduzca a lengua extranjera. / Este libro, si por azar cae en buenas manos, / será testigo consagrado de mi esmero. / Sea lo que sea lo que haga un Zoilo, la época venidera pondrá en evidencia / que no he sido ignorante del *arte* de los *escudos*».

³³ Whigs y tories son los nombres de los dos primeros grandes partidos políticos en Inglaterra. Su denominación, escocesa en el primer caso y gaélica en el segundo, es peyorativa y se refiere a bandoleros o cuatrerros. Aunque es difícil trazar una línea divisoria estricta —como luego entre liberales y conservadores—, los *whigs* desconfiaban de la Iglesia de Inglaterra y de la monarquía absoluta y predominaron en la política británica durante el siglo XVIII. Los ancestros de Gibbon fueron en su mayoría tories, «caballeros rurales», como los llamará en la Memoria B.

³⁴ «Que esté protegido el augustísimo rey Carlos, nacido propiciamente en el día de san Félix! ¡[Que estén protegidos también] el excelso, ilustrísimo duque James, a quien vaticinó el poeta muchos antes como aurora boreal, y toda la estirpe real de la fanática turba antimonárquica!»